

Marruecos, quiero decir, la contemplación de cada *renegado* que encontramos en estas tierras no pertenecientes al mundo conocido, nos produce una emoción extraordinaria muy digna de análisis.

En efecto: experimentábase no sé qué asombro parecido al que os causaría hallar *vivo* al tiempo de derribar una casa á un hombre que hubiese sido *emparedado* muchos años atrás, ó á la impresión que os produciría descubrir repentinamente una ciudad subterránea, ignorada de los geógrafos y arqueólogos, y *habitada* por gentes incomunicadas siglos y siglos con el resto de los humanos.

Digo más: al encontrar en esta inexplorada región semejantes personas, olvidadas del mundo en que se agitaron algún día, muertas civilmente, muertas también para sus parientes y amigos, perdidas en el tiempo como fantasmas disipados en el espacio, y al encontrarlas vivas, con memoria de lo que fueron, hablando la lengua patria con cierto rubor, cual si creyesen ofender el venerable idioma de sus padres (aquel idioma que abandonaron, que procuraron olvidar, que no ha resonado en sus oídos durante tanto tiempo, pero que dormía en su alma, vívido, inalterable, incorruptible, como un remordimiento en la conciencia); al oír á estos miserables decir: “*Yo soy, ó (más bien) YO ERA Fulano*”; al oírlos citar su nombre, que ya no es su nombre; hablar de su pueblo, que ya no es su pueblo; referirse á una esposa, que han reemplazado con varias; aludir á sus hijos ó á sus padres, de los que ignoran (¡viles, inicuos, desalmados como fieras!) *¡hasta si existen todavía!*...; al oír todo esto, digo, acuden á mi mente mil maravillosas escenas ideadas por la fantasía de los vates...

Y ya recuerdo la bajada de Eneas á las regio-

nes plutónicas, y sus encuentros con los pasados Griegos y los *futuros* Romanos; ya el paseo de Dante por los tres Reinos de la Muerte; ya el prodigioso descubrimiento de Pompeya y Herculano; ya la exhumación de las seculares momias egipcias;—ó bien presiento las supremas entrevistas del Valle de Josaphat, el día de la gran cita de los pecadores, y los diálogos que luego tendrán lugar, en la Gloria, en el Infierno ó en el Purgatorio, entre los hijos de todas las Edades...

Pero veo que estoy por demás hablador.—Reservemos para mañana tan felices disposiciones; pues mañana no han de faltarme interesantísimos asuntos en que emplearlas si, como creo, se verifica nuestra entrada en *Tetuán*.

III

Entrada del Ejército español en *Tetuán*.

TETUÁN, 6 de Febrero.

¡Al fin llegamos! ¡Al fin puedo fechar estas cartas en *Tetuán*, después de haberlas fechado en tantos puntos del áspero camino!—*Ceuta*, el *Serrallo*, la *Concepción*, *Castillejos*, *Río Azmir*, *Cabo Negro*, *Guad-el-Jelú*, las *tiendas enemigas*..., todos estos nombres, teñidos de sangre, con que he encabezado tantas veces mi DIARIO, me parecen ya ensueños de la imaginación. Aquellas móviles ciudades de lona han desaparecido como vanas quimeras. Nuestros Campamentos sólo viven ya en la Historia. Tantas noches pasadas bajo la tienda ó al amor de la lumbre, en la cima de las agrias montañas, en ignorados bosques, en solitarias llanuras, á la margen de olvidados ríos; el triste invierno en que hemos

vivido á la intemperie, como las fieras, en parajes despoblados y melancólicos; esos dos meses de peregrinación, de lucha con los elementos, de incomodidades y privaciones. ¡todo ha concluído! Mi dura penitencia ha terminado. Mi alejamiento de la sociedad y del mundo entero; mi vida sin hogar; aquella soledad y desamparo en que pasé la Nochebuena, el Año Nuevo, el día de Reyes, el de San Antón, el de la Candelaria, todo queda relegado á la región de los recuerdos inmortales; todo huyó para no volver...— ¡Ya me cobija un techo; ya me alberga una ciudad; ya estoy otra vez en el mundo!

Pero ¡en qué mundo!— ¡En un mundo no civilizado! ¡En el mundo islamita! ¡En el mundo de los misterios! ¡En una ciudad musulmana!

¡Tetuán!— ¡Estoy en Tetuán!— La poética aspiración de toda mi juventud se ha convertido en un hecho, y mi ardiente deseo de toda la Campaña, en viva y palpable realidad...— Pero ¿qué importo yo? Ni ¿qué es mi júbilo en comparación del de la madre Patria?

“¡Tetuán por España!”— He aquí lo que debemos exclamar todos.— Siglos hace que no han resonado en oídos españoles palabras semejantes. ¡La bandera amarilla y roja ondea sobre una ciudad extranjera! ¡Feliz la generación que asiste á esta vuelta de nuestras antiguas glorias!— El día de hoy, para sumarse ó hallar consonancia, busca otros días análogos en apartados tiempos, y á su vivo fulgor se divisan los muros de Nápoles, de Orán, de Bruselas, de Pavía, de San Quintín, de Méjico, de Roma, de Breda y de otras mil y mil ciudades tomadas por nuestros ilustres antepasados.— ¡Venturosos los que presenciamos esta magnífica resurrección!... Las horas de hoy serán eternamente las más grandes y luminosas de nuestra vida. ¡Nada tan digno y noble tendremos que recordar en los

días de nuestra vejez, por larga y gloriosa que Dios haga nuestra existencia! Siempre, siempre diremos, llenos de orgullo y de entusiasmo, y como una prueba de que nuestro destino no se ha deslizado inútil y obscuramente: “¡Yo fui uno de los que entraron en Tetuán!”

Y ahora séame lícito volver á hablar de mis emociones personales.— ¡Qué día el de hoy!— Aun prescindiendo de lo que he gozado en él como Español y como Cristiano, todavía es el más sublime de mi existencia si lo considero por el lado artístico y poético, y atiendo á los maravillosos cuadros que he visto, y á las sorprendentes escenas que han herido mi imaginación.— ¡Hoy sí que desconfío de tener fuerzas para describir los múltiples y solemnes espectáculos á que he asistido! ¡Hoy sí que desearía la pluma de Jenofonte, el arpa de Virgilio ó el pincel de Rubens, á fin de poder fijar ciertas impresiones y eternizar ciertos instantes!...— Pero, aunque no sea más que reseñados en mi humilde prosa, paso á referir todos los pormenores y accidentes de nuestra feliz entrada en Tetuán y de cuantos objetos extraordinarios llevo vistos en este inolvidable día.

.....
 Cuando al amanecer resonó el toque de diana, casi todo el Ejército estaba ya de pie.

Dos razones justificaban tanta diligencia: primeramente, todos ansiábamos ver si ondeaba la bandera marroquí sobre las almenas de la Alcazaba; y en segundo lugar, queríamos tener dispuesto nuestro equipaje para el momento en que el General en Jefe diese la orden de marchar á Tetuán.

La mañana se presentó al principio fría y nublada; pero á eso de las siete salió el Sol, y sus primeros rayos disiparon la bruma que empañaba la atmósfera...

Todos fijamos los ojos en la Alcazaba de *Tetuán*...

¡Oh, dicha!... ¡La bandera mora no estaba izada!—Con anteojos y sin ellos, percibíase claramente el asta, desnuda, lisa, escueta, trazando una delgada línea sobre el azul del cielo...

¡*Tetuán* se rendía, por consiguiente!... ¡Los Emisarios de la plaza no podían tardar!...

Almorzó, pues, rápidamente todo el mundo, y dióse prisa á liar su equipaje, mientras que los que ya estábamos libres de estos quehaceres montábamos á caballo y nos dirigíamos á escape á nuestras avanzadas, á fin de ver llegar á la indefectible diputación mora.

Una vez allí, preguntamos á diferentes oficiales, que habían pasado la noche en la trinchera, si había ocurrido algo de particular mientras nosotros dormíamos...

—Creo (díjome uno), y lo mismo cree toda mi Compañía, haber escuchado algunos tiros dentro de *Tetuán* y al otro lado de sus muros. También nos ha parecido oír (pero esto puede ser una preocupación, nacida de lo que nos contó ayer mañana el *Hach*) lejanos lamentos y lúgubres ruidos que turbaban el silencio de la alta noche.—No sé qué había en la atmósfera ó en mi corazón..., pero yo he respirado con dificultad en medio de las tinieblas; he sentido vago terror y secreta angustia, y cuando esta mañana rayó el día vi á *Tetuán* en su sitio, tan blanco y tan inmóvil como cuando anoche lo perdí de vista, me sorprendió extraordinariamente, pues me habría parecido mucho más natural no encontrar piedra sobre piedra ó hallarme con que la ciudad se había desvanecido como por arte de magia...

—¡Lo de los tiros es seguro, mi capitán! (exclamó un soldado). Yo estaba de *escucha* allá, bien lejos, y he oído más de veinte en toda la

noche.—¡Y debían de ser en las calles de *Tetuán*, pues retumbaban mucho, y los tiros en campo abierto retumban poco!

En esto ya eran las ocho menos cuarto, y empezamos á notar cierta agitación en nuestro Campamento, como si desde alguna altura y con ayuda de anteojos hubiese visto alguien salir por las puertas de *Tetuán* á la ansiada comitiva.

Entonces nosotros (una docena de curiosos que teníamos libertad para ello) metimos espuelas á los caballos, y avanzamos hacia la ciudad...

Pocos pasos habíamos andado, cuando, al revolver de unos cañaverales muy espesos, distinguimos como á medio cuarto de legua un jinete con traje blanco, que avanzaba al trote hacia nuestro Campamento.

—¡Trae bandera blanca!—exclamó uno de mis compañeros de descubierta.

—No viene á caballo... Viene en mula...—añadió otro al cabo de un momento.

—¡No viene solo: le acompaña otro Moro á pie!—dijo un tercero, cuando hubieron pasado algunos instantes.

—¡Es *Robles*! ¡Es el renegado de ayer!—repuso al fin el que primero había divisado al *Tetuání* de la mula.

Entretanto, el tal jinete había llegado ya á pocos pasos de nosotros.—En efecto: era *Robles*.

Respondimos con los pañuelos á las señales que él nos hizo con su bandera blanca, y entonces se acercó sonriendo.

—Buenos días, caballeros—nos dijo en intachable español.

—Buenos días, paisano... (le respondimos). ¿Qué hay de nuevo?

La pregunta era excusada.—El semblante de *Robles*, pálido y demudado; su jaique manchado

de sangre, y su mirada torva y afligida, nos revelaron los horrores que habían ocurrido en *Tetuán* la noche última.

—¡Mucho malo para los Moros! ¡Mucho bueno para España!—respondió Robles con indefinible expresión.

A todo esto íbamos marchando hacia el Cuartel General de O'Donnell, y rodeaba ya al Enviado copiosísima muchedumbre.

—Pero ¡bien! ¿Se entrega la plaza ó no se entrega?—le preguntamos en confianza.

—¡Se entrega!—contestó el renegado en voz baja, llevándose una mano al pecho, como indicando que entre sus ropas traía un importantísimo documento.

¡Figuraos nuestro regocijo!

—Hace bien *Tetuán* en entregarse (observó un soldado de Artillería), pues nuestro General tiene puestos ya en batería doce morteros como doce rosas, con abundante dotación de municiones...

—¡No quiera Dios que hagáis uso de vuestra fuerza contra la infortunada ciudad! (replicó Robles). *Tetuán* es á estas horas un mar de sangre y llanto.—¡Qué noche! Si la de anteayer fué horrible, la de ayer ha sido desastrosa...—Y aun en el momento que os hablo, ahora mismo... ¡Dios sabe lo que estará sucediendo dentro de aquellos muros!... Cuando yo salía por una puerta, las kabilas volvían á la carga por otra... El robo y la matanza de dos noches no les han bastado... Buscan nuevo botín y nuevas víctimas... ¡Están locos de furor!... ¡Ya no son hombres!... ¡Son perros rabiosos!—¡Después de haberse ensañado con los Hebreos, ahora atacan también las casas de los Moros pacíficos!...—¡Ah! ¡Por humanidad solamente, no debéis tardar ni un momento en ocupar á *Tetuán*!

Al llegar á este punto, hizo alto la cabalgata.

Estábamos en el Cuartel General de O'Donnell.

El General en Jefe, que se paseaba en aquel sitio, entró en su tienda seguido de Robles, quien ya había sacado una carta de su jubón...

La conferencia duró breves instantes.

El Conde de Lucena volvió á aparecer, visiblemente afectado por el espantoso relato que acababa de oír.

—¡A caballo! (dijo). ¡Que formen todas las fuerzas para marchar!

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando todas las tiendas habían desaparecido... —Y ¡qué júbilo, qué entusiasmo demostraba el Ejército!... “¡A *Tetuán*!” “¡A *Tetuán*!” , decían treinta mil soldados.

O'Donnell daba, entretanto, varias órdenes... Prim, que estaba acampado en las alturas de *Sierra Bermeja*, faldearía la montaña con sus Batallones, y ocuparía la Alcazaba, situada al Norte de la ciudad, en una altura.—Ríos marcharía por el camino que había traído Robles, y entraría en la plaza por una puerta que *encontraría abierta*, al decir del pobre mensajero.—En pos de él iría el mismo General en Jefe, con el TERCER CUERPO, mandado éste por Ros de Olano.

Emprenóse, pues, el movimiento en tal forma.

Eran las nueve de la mañana.

—¿Qué dice el pliego que ha traído Robles?—nos preguntábamos unos á otros.

—Lo que ya saben ustedes (respondió uno que se había enterado de todo): que *Tetuán* gime bajo la violencia y el saqueo, y que la escasa población pacífica que allí ha quedado nos pide auxilio con la mayor angustia.—Nosotros,

pues, vamos á entrar en la plaza de grado ó por fuerza, es decir, á todo riesgo.—¡Un deber de humanidad nos impone semejante conducta, por imprudente que pueda parecer!

Hablando así, avanzamos lentamente hasta la ciudad.

Yo tenía formado propósito de no separarme del Cuartel General de O'Donnell en tan solemnes momentos. El Conde de Lucena era la representación del Ejército y la personificación de España, y sólo aquellos que entrasen á su lado en la ciudad marroquí presenciarían la verdadera *toma de posesión* y verían los episodios más importantes de tan supremo acto.—Renuncié, pues, al gusto, muy peligroso por otra parte, de ser de los primeros que penetrasen en la plaza, y caminé siempre lo más cerca posible de nuestro afortunado Caudillo.

Delante de nosotros iba un Batallón de la Infantería mandada por el general Ríos; y, como las sendas eran muy estrechas, nos veíamos obligados á llevar nuestros caballos muy lentamente y á pararlos á cada instante, detenidos por aquella gente de á pie.

La mañana, aunque fresca, estaba deliciosa. El Sol brillaba más alegremente que nunca, y parecía sentirse la palpitación de la Tierra, ansiosa de desarrollar los tesoros de flores, de hojas y de frutos, que ya germinaban en su seno...

En cuanto á nosotros..., ¡imaginaos el alborozo que sentiríamos, el placer que inundaría nuestra alma! La misma inquietud, el mismo sobresalto que aun nos agitaban respecto de la sinceridad de los Emisarios moros ó renegados, eran parte á conmover y exaltar todos los corazones, y la febril impaciencia que experimentamos hacía locuaces á los más taciturnos, y convertía en alegres y decidores á los más graves y circunspectos.

¿Cómo olvidar nunca este paseo matinal tan interesante?—¡Yo creo firmemente que será uno de los recuerdos que conservaremos todos en la memoria durante el resto de nuestra vida!

El general O'Donnell, excitado como el que más por tan varios y poderosos afectos, abandonábase á una expansión franca y cordial, y nos refería episodios de la Guerra civil de los Siete años, en que también mandó en Jefe.—La mañana de hoy le recordaba otras semejantes... El lo decía del modo más sencillo, fijándose solamente en la lentitud de nuestra marcha y en la circunstancia de ir detenido el Cuartel General por una columna de Infantería; pero todos los que lo escuchábamos comprendíamos que el general O'Donnell, sin darse cuenta de ello, se veía á sí mismo esta mañana á la fulgurante claridad de su propia gloria, y coordinaba instintivamente los más célebres días de su vida de soldado, uniendo por primera vez á sus pasados hechos de armas las grandiosas jornadas de esta Guerra, ya coronadas por una brillante y definitiva victoria.

Entretanto, veíamos cómo iban ganando las alturas de la próxima Sierra las tropas del general Prim, con dirección á la *Alcazaba*.—Los Voluntarios Catalanes se distinguían por sus gorros encarnados... ; Iban en la vanguardia como anteayer, y trepaban y corrían por las escarpadas peñas con la agilidad propia de todos los hijos de montaña!...

En cuanto á los Batallones que nosotros seguimos, su cabeza debía de encontrarse ya muy cerca de *Tetuán*, y cada vez que se paraba la columna, obligándonos á detener nuestros caballos, experimentábamos cierta emoción de placer, como si aquello nos indicase que habíamos llegado ya al pie de los muros de la ciudad...

Pronto, empero, volvía á moverse dicha co-

lumna, y nosotros seguíamos en pos de ella, devorados de curiosidad acerca de lo que sucedería allá delante y de lo que ya verían los que marchaban en la vanguardia...

.....
 Por lo demás, el camino que recorríamos no podía ser más pintoresco. A veces pasábamos bajo bóvedas de naranjos; otras teníamos que ir á la deshilada á lo largo de estrechos y sombríos callejones formados por altos y verdes setos ó espesos y sonantes cañaverales, y en todas partes veíamos, ya recientes fosas, de las que salía un pie, una mano ó la cabeza de un cadáver mal enterrado por los Moros durante la batalla del 4; ya caballos ó camellos muertos; ya instrumentos de labor, ya casas de campo abandonadas; aquí pozos, allá acequias; en un lado prados de flores, en otro crecidos sembrados; ora puentecillos rústicos, ora chozas y cuevas de tan gracioso como miserable aspecto...; mil señales, en fin, de la antigua paz y de la reciente guerra!

Era aquel un espectáculo tan alegre como melancólico, que predispuso nuestro ánimo á la piedad para con los vencidos Musulmanes, por lo mismo que á todos nos recordaba los alrededores de nuestro pueblo natal.—En cuanto á mí, declaro que hallaba maravilloso parecido entre aquellos lugares y los callejones de Gracia, por donde se entra en Granada yendo del Norte; ó bien creía recorrer, como en tiempos inolvidables, las afueras de aquella otra ciudad morisca en que rodó mi cuna y florecieron todas mis esperanzas...

.....
 Eran las nueve y media cuando salimos al fin de tales laberintos y volvimos á descubrir á *Tetuán*.—Ya sólo distaba de nosotros unos cuatrocientos metros...; Su blancura nos deslumbraba

enteramente!—En aquel momento habíamos hecho alto para dejar avanzar á los que nos cortaban el paso, y todos mirábamos á los altos de las Mezquitas y á los muros de la *Alcazaba*, esperando á cada instante ver ondear encima de ellos la nobilísima bandera española...

¡Qué momentos tan largos y tan solemnes! ¡Qué emoción la nuestra! ¡Qué hora para España!... ¡Para España, que nada sabía de lo que estaba sucediéndonos!

Reinaba un silencio religioso.—¡Era el instante crítico!...—¿Habían encontrado nuestras tropas algún obstáculo? ¿Las aguardaba una traición? ¿Ibamos á ver volar la ciudad?...—Nada se oía tampoco en nuestra remota vanguardia... Sólo algún tiro (ó á veces dos ó tres) se escuchaba á grandes intervalos.—Todos aquellos tiros eran de espingardas, según lo ronco de la detonación... Sin embargo, no podían significar *resistencia*, sino protestas aisladas ó emboscadas individuales, como las que siempre abundan en los alrededores de Melilla...—Aquellos disparos nos arrullaban, pues, como lamentos de un enemigo moribundo.

—¡Veo gente en la *Alcazaba*!—exclamó en esto uno de nuestra comitiva.

—¡Son los *Catalanes*!—dijo otro.

—¡Tratan de izar una bandera!...—añadió un tercero.

—¡Sí!... ¡Sí!... ¡La *Alcazaba* está en nuestro poder!...

—También se ve gente en las murallas de *Tetuán*... ¡Y otra bandera!... Ved... ¡Es la española!...

—¿Dónde?

—¡Sobre la puerta de la ciudad! ¡Ya estamos dentro! ¡*Tetuán* por España!

Era cierto: lejanos vivas y los ecos de la Marcha Real, que allá tocaban músicas, tambores y

cornetas, no nos dejaron lugar á duda... ¡Y, para colmo de dicha, un momento después ondeaba ya la misma enseña vencedora sobre el asta bandera de la *Alcazaba*, sobre los muros, sobre las azoteas, sobre las torres de la ciudad!...

Entonces hubo una gran explosión de júbilo en los Batallones que nos precedían, y aun en el Cuartel General...

—¡Viva España! ¡Viva O'Donnell!— se oyó gritar por todas partes.

Eran las diez.

En tal instante sonó á lo lejos un cañonazo...

Todos nos miramos sorprendidos...

Un sombrío recelo anubló el rostro de O'Donnell...

Cesaron las músicas, y un nuevo cañonazo, y luego otro, y hasta cinco ó seis, resonaron dentro de la ciudad...

¿Qué era aquello?—Mil confusos temores nos asaltaron en tropel...—Sin embargo, nadie hablaba.

—¡Adelante!—gritó, por último, el Conde de Lucena.

Y, poniendo su caballo al galope, se dirigió á *Tetuán*, pasando por medio de la columna de Infantería.

Todos echamos detrás de él.

El trozo de camino que recorrimos á escape era una carretera empedrada, que pasaba luego por una calzada ó puente y terminaba bajo los propios muros de la ciudad. Los caballos producían un estrépito formidable sobre las gruesas y desnudas piedras, y este marcial ruido inflamó de nuevo en el corazón de todos el espíritu bélico, amortiguado hacía ya dos días...

—¡Si se resisten, tanto peor para ellos! (nos dijimos unos á otros). ¡Tendremos drama, y venceremos como siempre!

.....

Llegamos, por último, á la puerta.

Era ésta un arco de herradura, con dos ajimeces encima, por los que asomaban dos cañones.

El arco formaba el principio de una calle embovedada y retorcida, que nada nos permitía ver del interior de la ciudad.

En el dintel había centinelas españoles y un oficial de Estado Mayor.

—¿Qué cañonazos son esos?—le preguntó á éste el general O'Donnell.

—Son los Voluntarios Catalanes, que disparan los cañones de la *Alcazaba* contra fuerzas rezagadas del fugitivo Ejército marroquí...

—Pues ¿dónde está ese Ejército?

—Estaba en un nuevo llano que hay al otro lado de *Tetuán*, y amenazaba entrar de nuevo á saco en la ciudad por la puerta de Tánger. Pero ya han salido á rechazarlo y perseguirlo algunos Batallones nuestros con piezas de montaña...

—¿Dónde está el general Ríos?

—En el *Zoco* ó plaza principal.

—¿Y el Conde de Reus?

—En la *Alcazaba*.—Tengo orden de decir á V. E. que nuestras tropas van recorriendo toda la ciudad sin encontrar resistencia alguna.

Y entonces el oficial le refirió á O'Donnell, con más pormenores, todo cuanto había sucedido en aquellos minutos, que era lo siguiente:

.....
Los generales Ríos y Mackenna llegaron los primeros al pie de las murallas, seguidos de algunos Batallones y acompañados de Robles, el Parlamentario de la ciudad.

Contra lo prometido, la puerta estaba cerrada y no se veía á nadie por ningún lado.

—¿Qué significa esto?—preguntó Ríos al mensajero, que se hallaba pálido como la muerte.

—Señor..., ¡no sé! Quizá habrán vuelto los Moros...

—¡Tanto mejor! (replicó Ríos). ¡A ver! ¡Que avancen dos cañones y derriben esa puerta!

En esto se vió aparecer la cabeza de un Moro sobre un cañón de los que guarnecían los altos ajimeces...

Mackenna y Ríos se miraron con asombro.— Aquello tenía todos los aires de la más negra traición.

—Descuida, señor... (dijo Robles). Ese Moro no va á hacer fuego... Es un amigo mío.

—¡Dile que abra la puerta, ó teme por tu vida!—exclamaron nuestros Generales.

El Moro, montado en el cañón, daba entretanto, en árabe, unas voces que nadie entendía...

—Dice ese Moro (baluceó Robles) que el Gobernador acaba de huir, llevándose todas las llaves de la ciudad.

—¡Que abra la puerta..., ó ponemos fuego á Tetuán!—respondió el general Ríos.

Nuestros Artilleros llegaban ya con dos cañones y los cargaban con bala rasa.

Al mismo tiempo se asomaron algunos Judíos por lo alto de las almenas, gritando desafortunadamente:

—¡Entrad pronto! ¡Entrad pronto!... ¡Los Moros están penetrando por la otra puerta! ¡Vienen á matarnos!... ¡Viva la Reina de España!

Mientras tenían lugar estas conversaciones, algunos soldados del *Regimiento de Zaragoza* pugnaban por forzar con sus bayonetas y á pedradas la cerradura de la puerta, á lo cual conocieron que les ayudaban por la parte de adentro...

—¿Quién anda ahí?—preguntaban nuestros soldados.

—¡Somos Judíos! ¡Somos amigos!—respondían algunas voces en español, á través de las ferradas tablas.

Y los golpes de adentro y los de fuera se respondían como ecos.

Saltaron, al fin, las cerraduras, y la puerta se abrió de par en par...

Al otro lado de ella no había nadie.—Los Judíos habían desaparecido llenos de miedo.

Pero los de la muralla, más audaces porque tenían asegurada la fuga caso de que nuestras tropas se hubiesen manifestado hostiles, exclamaron con grandes voces:

—¡Tocad la música! ¡Tocad los tambores! ¡Tocad las trompetas, para que huyan los Moros!

(Así nombran los Hebreos á los Moros.)

—¡Adelante!—gritó Ríos á sus tropas.

Y las músicas entonaron la *Marcha Real*; y, acompañado de Mackenna, avanzó resueltamente por las tortuosas calles de la ciudad, seguido del *Regimiento de Zaragoza*, que fué el primero á quien cupo la gloria de pisar las calles de la ciudad musulmana.

Diez minutos habrían transcurrido después de todo esto, cuando nosotros llegamos á la misma puerta:

O'Donnell hizo allí alto.

—Nadie me siga—dijo.

Y, acompañado de un solo ayudante, pasó bajo el profundo arco ó torcida bóveda de la puerta, y entró en *Tetuán*, sin que nadie pudiera seguirle con la vista, por la cautelosa configuración de tal entrada.

Veinte minutos después estaba de vuelta.

Aquello había sido una mera fórmula oficial de *toma de posesión*; y, una vez realizada, tornó el Caudillo á colocarse á nuestro frente, pronunciando estas palabras:

—¡Es un espectáculo horrible! Vamos ahora por aquí...

Y, apeándose del caballo, empezó á subir una empinada cuesta en que se apoya la muralla por aquella parte.—Cauto y previsor como siempre, quería, antes de penetrar en la ciudad con nuevas tropas, estudiar la estructura de ésta y las posiciones que la rodeaban.

La cuesta susodicha hallábase cubierta de escombros, de menudos cimientos y de algunas diminutas construcciones...—Todo esto nos hizo creer, á primera vista, que allí había habido un barrio extramuros; pero, considerando aquel paraje más de cerca y con más detenida atención, conocimos que era un antiguo *Cementerio*.

Y en verdad que nadie habrá visto campo santo tan primoroso y alegre como aquel.—Su posición en anfiteatro, y vasta extensión sobre la montaña, me recordaron el *Enterramiento del Padre La Chaisse*, de París, aunque la forma oriental de las sepulturas, sus arcos árabes, sus filigranados doseletes y todo el ornamento de recintos y panteones, semejantes en cierta manera á grandes muebles góticos, le dan un carácter monumental, religioso, exquisitamente artístico, que no se nota en ningún *Cementerio* de nuestra Europa. Entre los sepulcros, de una blancura deslumbrante, crecen el jazmín y la hiedra, festoneándolos con gracia. Flores silvestres, higueras, pitas, algarrobos y otros árboles sombrean los panteones más lujosos. En cambio, no vimos sobre ninguno de ellos ni un nombre, ni una fecha, ni una inscripción...—La muerte es allí tan muda y elocuente como en la imaginación del hombre...

Por lugar tan sagrado subíamos nosotros, indiferentes y sacrílegos, saltando de tumba en tumba, escaleándolas materialmente, y haciendo resonar sobre sus losas el regatón de nuestras espadas.—A este rumor de armas extranjeras, de aceros cristianos, debieron de estremecerse

en su eterno lecho las pasadas generaciones tetuanés, los nobles Moros que nacieron en Granada y vinieron á morir en esta tierra, los antiguos guerreros, los fanáticos Santones, los difuntos Alcaldes de esta ciudad hoy conquistada, que nunca imaginaron llegase un día de tanta mengua y tribulación para los descendientes y adoradores del Profeta...

—¡Oh! ¡Si despertaran!... (pensaba yo con cierta mezcla de cruel orgullo y de respeto religioso). ¡Si levantaran la cabeza y nos viesan, con la cruz al pecho y ociosa al cinto la vencedora espada, cansada ya de triunfos sobre Ejércitos marroquíes!... ¡Si supiesen hasta dónde ha llegado el infortunio de sus hijos!...

Trepamos, al fin, á la cumbre del *Cementerio*, á lo alto de la montaña...—El vasto panorama que desde allí se descubría nos dejó completamente absortos.—Todo *Tetuán* se desarrollaba á nuestros pies. A un lado veíamos entera la llanura del *Guad-el-Jelú*, teatro de los últimos combates, y, como término de ella, el mar. Al opuesto lado de la ciudad se nos presentaba una nueva planicie, no tan ancha, pero más larga que la anterior, y muy más verde, graciosa y pintoresca.—Es decir, que la ciudad, engarzada entre las dos montañas que forman el lecho del *Martín*, es la divisoria de dos llanos; los domina; se enseñoorea sobre ellos, y presenta á los que vienen de Tánger ó de Fez una perspectiva semejante (siquier invertida) á la que nos había ofrecido á nosotros hasta entonces por la parte del Mediterráneo.

Tetuán, contemplado así, á vista de pájaro, era todavía interesantísimo.—Su planta tiene la forma de una estrella. Las calles son tan angostas, y el caserío tan apiñado, que toda la población parece componerse de un solo edificio. Una vastísima azotea, dividida en pequeños cuadros,

más altos ó más bajos, la cubre por completo. El piso de esta azotea, ó de estas mil azoteas yuxtapuestas, hállase escrupulosamente bañado de cal, y su blancura es tan deslumbradora, que daña á los ojos y hace que *Tetuán* parezca revestido de una chapa de plata acabada de cincelar por primoroso artífice. — Nada más monótono que semejante aspecto de ciudad; pero nada tampoco más misterioso y característico. Sólo interrumpen de acá ó allá la uniformidad de aquella enorme colmena de marfil (donde no hay balcones ni casi ventanas) los altos alminares de las *Mezquitas*, cubiertos por lo regular de alicatados de vivísimos colores. El de la *Mezquita Mayor* es elegante á sumo grado, y recuerda la *Giralda* de Sevilla. Todos los demás lucen por su esbeltez y artísticas proporciones.

De buena gana me hubiera pasado horas y horas contemplando á *Tetuán* desde aquella altura. Ciertamente, nada habría visto que no hubiese observado á la primera ojeada... Pero ¿era acaso la materialidad de un conjunto de edificios lo que yo consideraba con tal avidez, con tal emoción, con tal recogimiento. — Oh..., no!; La ciudad que yo miraba no era aquella que se extendía bajo mis pies, sino la ciudad de mis recuerdos, la de mi soñadora fantasía, la de mis amores de poeta!; Era la ciudad oriental, la ciudad árabe, cualquiera que ella fuese, llamárase de este ó de aquel modo; era el secreto albergue de una raza apartada del mundo; era el misterio de una olvidada historia; era la Granada del siglo XIV; era Damasco; era Medina; era Ispahan...; era la discolorada civilización mahometana, que no va ya nunca á visitarnos á Europa, que quiere pasar por muerta, que vive escondida y solitaria!... — Suelen los vates llamar la *desposada del conquistador* á cualquiera ciudad que abre sus puertas al extranjero... —; Imagen exac-

tísima!; Ella traduce perfectamente lo que he sentido hoy al tocar con la mano la verdad, la presencia, el ser del orientalismo!

En tanto que mi imaginación viajaba de este modo, mis ojos se entretenían en seguir un bando de palomas blancas que revolaba sobre la ciudad. Estrepitosas músicas, *vivas* y otras voces resonaban allá abajo en las invisibles calles; las tímidas aves vagaban en el espacio, no sabiendo en dónde guarecerse. Al fin hicieron lo que suelen hacer los humanos en sus grandes tribulaciones: se refugiaron en un templo. El alto alminar de la *Mezquita Mayor* las albergó á todas, y allí, sin recelo de ningún peligro, y ajenas al gran tumulto que las había asustado, descansaron de sus temores y de su vuelo.

Al mismo tiempo (y hasta quizá por idéntico motivo) aparecieron en varias azoteas algunas personas, que así podían ser hombres como mujeres; pues como unos y otras llevan aquí faldas, no era fácil determinar desde tan lejos el sexo de cada figura... — Sólo puedo decir que todas aquellas *personas* vestían jaiques blancos.

Ni una ráfaga de humo empañaba la transparencia del aire azul, donde se destacaba la limpia silueta de los muros que ciñen á *Tetuán* con estrechísimo abrazo. Del lado afuera de ellos veíanse huertas y jardines, cubiertos ya de verdor y de flores. El *Martín* corría á poca distancia de la ciudad por la parte del Sur, poniendo en comunicación los dos llanos que he dicho. Pasado el río, empezaban á escalonarse, hasta perderse en las altas quiebras de arbusta montaña, mil caseríos medio ocultos en la arboleda, graciosos adueros y algunos sembrados. En fin, la mañana era hermosa; el aire sano y ligero; el Sol estaba alegre como nosotros; los campos esperaban vestidos de gala la llegada de la primavera; los montes proyectaban largas sombras

que convidaban á la siesta y al placer...—¡Todo, todo sonreía en la comarca, menos sus antiguos moradores!

La mayor parte de éstos huían en tropel por el llano de Poniente, ó sea hacia el *Camino de Tánger*, cuya descripción he reservado para lo último, por lo mismo que sospecho que es la que esperáis con más curiosidad.

¿Cómo no?—*Tetuán*, la llanura del *Guad-el-Jelú*, el *Serrallo*, el *Boquete de Anghera*, los *Castillejos*; todo el terreno que habíamos recorrido hasta hoy se descubre á lo lejos desde los mares; lo ve todo el que pasa por este litoral; está mirando á Europa; es, por decirlo así, la *fachada pública* del Africa, y todo el mundo sabe que de nada se cuidan menos los Moros que de las fachadas. El aliño de todos sus goces es el misterio; la mejor habitación de sus casas, la más oculta; su mujer más preciada, la que nadie haya visto; su más profunda convicción ó puro sentimiento, el que nunca manifestaron á nadie.—Yo sabía esto de antemano, y de aquí deducía que la verdadera patria de los Moros debía de empezar allí donde nunca hubieren penetrado miradas *infieles*, ó sea en la llanura que principia *detrás de Tetuán*; llanura que no se descubre desde el Mediterráneo, y donde, por consiguiente, puede ya gozar el Africano de su querida soledad, considerarse libre y vivir más en contacto con su alma, más cerca de su Dios...

Y, en efecto, aquella comarca aparecía más poblada y mejor cultivada que el llano de *Guad-el-Jelú*.—Muchas casas de campo (algunas de ellas vistosísimas), aduáres, morabitos y aldeas, veíanse esparcidos en los pliegues de las montañas. El *Martín* serpeaba en medio de huertas y campiñas hasta desaparecer por el Sur en busca de su origen. Una faja amarilla señalaba, en fin, sobre los verdes prados el ancho camino del *Fon-*

dak, camino que se perdía de vista al Noroeste por entre dos elevados montes...

Marchando en esta dirección, y en confusa y numerosa caravana, alcanzamos á ver, con ayuda de los anteojos, la emigración tetuaní; los restos del Ejército de Muley-el-Abbas; las feroces kabilas enriquecidas por el saqueo; ¡todo aquel mundo que huía espantado ante nosotros!...

Las fuerzas que el general Ríos había enviado en seguimiento de los fugitivos acababan de recibir orden de volver, dejando en paz á aquella infortunada gente, en la cual figuraban casi todos los ancianos, mujeres y niños de la población *mora* de Tetuán...;—y especifico lo de *mora*, porque la población *judía* ha considerado más prudente quedarse con nosotros, los vencedores, que marcharse con los vencidos...

¡Ah! ¡Pobres Moros!—¡Cuán interesante y conmovedor era el lejano aspecto de aquel pueblo, reducido de nuevo á la vida nómada, que fué su origen!—Las mujeres, con sus pequeñuelos en los brazos; los viejos, llevando de la mano á los niños; los heridos, atados sobre camellos ó mulas; los guerreros, confundidos con los paisanos desarmados; los caballos de batalla, cargados de muebles, ropas y dinero, y los Príncipes y los Generales, cabalgando en medio de sus más humildes súbditos, traían á mi imaginación mil recuerdos de escenas semejantes, consagradas por la Historia ó por la Poesía, siendo de todas ellas la que más vivamente representada veía allí, el desamparo de Moriscos y Judíos cuando fueron expulsados de España.

No se niegue que hay dignidad y grandeza en este modo de abrazarse á su infortunio. Los Moros han sido vencidos, y saben que somos generosos en la victoria: en nuestra intimación á la plaza les prometíamos respetar su religión, sus costumbres, sus mujeres, sus propiedades..., y

sin embargo, prefieren todo género de trabajos, privaciones y miserias, á la humillación de aceptar su derrota y declararse dominados.—Esto es heroico, antiguo, clásico, propio de la vieja Roma y de la inmortal Esparta.—Hacer ilusorios los triunfos de la fuerza denota gran virtud, de que ya se ven raros ejemplos. Para ello es preciso poseer el temple de alma que aun conservan los Africanos: es necesaria su profunda y sincera fe religiosa y su sencillez de costumbres.—Sólo el pueblo ruso, retirándose hacia el Norte, según avanzaba Napoleón el Grande por aquel dilatado Imperio, y quemando sus ciudades para que el conquistador no dominase sino sobre cenizas, ha dado modernamente en Europa pruebas de un patriotismo tan exaltado como Sagunto y Numancia las dieron en la antigüedad.

En tanto que yo me entregaba á estas fantasmagorías, el General en Jefe había terminado sus observaciones militares cerca de *Tetuán*.—Bajamos, pues, atravesando de nuevo el Cementerio, hasta donde nos esperaban los caballos: montamos con el apresuramiento y el gusto que podéis suponer, y nos dirigimos, por último, á la ciudad, esperando que aun encontraríamos en ella algunos Moros con quienes trabar amistad y adquirir confianza.

IV

Dentro de *Tetuán*.

Desde que penetramos por la almenada y artillada puerta de *Tetuán*, ofreciéronse á nuestra vista lúgubres señales de los pasados horrores y claros indicios del tremendo espectáculo que nos aguardaba en el *Zoco* ó plaza principal.

La primera calle en que entramos era larga,

desigual y sombría. Cubríanla espesos emparrados y zarzos de cañas, que impedían que el Sol bajase á ella, y estaba muda y solitaria, como uno de aquellos barrios malditos de nuestras ciudades del siglo XIV, en que no habitaba nadie por miedo á duendes ó á los demonios.

Era evidente que aquella calle había sido asiento del Comercio, á juzgar por los miles de armarios, escaparates y cajones destrozados que se veían por el suelo, entre destruidos restos de mercancías. Vajilla rota, cristales quebrados, raíces de hierbas, semillas, muebles deshechos, ropas desgarradas, cofres descerrajados, pedazos de alfombra, de estera y de pintadas pieles; herramientas de varios oficios; multitud, en fin, de objetos inutilizados, como se ven en el *Rastro* de Madrid, formaban altos montones, ó, por mejor decir, obstruían la calle, haciendo sumamente difícil la marcha de nuestros caballos, que cada vez que sentaban un pie rompían ó trillaban con melancólico estrépito aquellos despojos del saqueo, aquellos desperdicios del completo botín que se habían llevado las kabilas...

Por lo demás, la estructura de la tal calle y de cada uno de sus edificios respondía exactamente á la idea que yo me había forjado de los pueblos árabes.—Las casas no tenían ventanas ni balcones, sino, cuando más, algunas estrechas hendeduras, como aspilleras, cubiertas de seculares telarañas. A cada paso, la vía pública se convertía en amigable cobertizo que ponía por arriba en comunicación las casas de una acera con las de la otra. Todas las puertas se hallaban cerradas, y no se veía alma viviente por ninguna parte. Las destrozadas tiendas no pertenecían al cuerpo de los edificios adyacentes, sino que eran adherencias exteriores por el estilo de nuestros puestos callejeros de libros, y habían sido como arrancadas de cuajo.

Al penetrar en la segunda calle, también llena de tiendas destruidas, encontramos al fin un sér humano.—Erase un Moro viejísimo, de lengua barba, blanca como la nieve, adornado con recio turbante y vestido con ancho jaique de lana.—Estaba sentado á la puerta de una tiendecita, que indudablemente había sido suya, y cuya puerta y armarios veíanse también por el suelo...

Aquel anciano, de rostro patriarcal, tenía cruzadas las manos sobre las rodillas, y los ojos clavados en tierra, como sumido en la consideración de tantos desastres. Nuestra ruidosa marcha no le hizo levantar la cabeza para mirarnos, ni moverse á fin de evitar que los caballos lo pisasen.—Todos lo compadecimos al pasar; todos lo contemplamos en silencio, mostrándonoslo unos á otros con la mano, y él siguió inmóvil, indiferente, yerto como una estatua, aguardando yo no sé qué..., ¡tal vez una muerte que apetecía, y que por lo mismo no llegaba!...

Más adelante empezaron á aparecérsenos flacas y pálidas mujeres ó endebles y afeminados mancebos, vestidos con raros trajes de vivísimos colores.—Eran Judíos, apostados en los huecos de las puertas y en las esquinas de las calles para saludarnos al paso...

—¡Bien venidos! ¡Viva la Reina de España! ¡Vivan los señores!—gritaban en castellano aquellas gentes; pero con un acento especial, enteramente distinto del de todas nuestras provincias.

Y, diciendo así, las mujeres agitaban sus delantales, y los mancebos echaban al aire unos gorrillos negros como solideos, que apenas les tapaban la coronilla, y unas y otros se metían entre los pies de los caballos para besarnos las manos ó las piernas, todo ello con falsa y adulatoria sonrisa, ¡cuando sus ojos estaban marchitos de tanto llorar!...

Lo mismo sus figuras que su actitud, y que aquel estudiado alarde de hablar el español, me repugnaron desde luego profundamente...—Yo les comparé con el anciano Moro que más atrás habíamos encontrado, y conocí en seguida la profunda diferencia que hay entre raza y raza. ¡Cuánta dignidad en el Agareno! ¡Qué miserable abyección en el Israelita!

Al principio creí que aquellas palabras españolas las habían aprendido ayer para lisonjearnos; pero luego recordé que el *castellano* es el idioma habitual de todos los Judíos establecidos en Africa, Italia, Alemania y otros países.—De cualquier modo, la alegría que siempre causa oír la lengua patria en suelo extranjero, se eclipsaba hoy al reparar en la vileza de las personas extrañas que así se producían...—¡Y, con todo, aquello halagaba nuestro orgullo de Españoles y de Cristianos, ya que no nos ufanase por el momento! ¡Sin duda recordábamos glorias de nuestra raza y supremacías sobre la Hebrea mayores que la toma de *Tetuán*!

—¡Viva! ¡Viva!—seguían gritando con desentonadas voces aquellas pobres gentes sin Patria.

Su número crecía por momentos, y la variedad de sus trajes (que ya describiré) era cada vez más rara y sorprendente...

Las hembras llamaban, sobre todo, nuestra atención...—¡Ya veíamos mujeres!—Habíalas muy bellas..., y chocábanos en particular la precoz pubertad de algunas muchachas, así como el que, tanto éstas como otras mozas más formales, y hasta las mujeres hechas y derechas, estuviesen casi desnudas, especialmente de la cintura para arriba...

Según he sabido luego, tamaña desvergüenza es vicio inveterado de las Hebreas, llevado hoy á la exageración por las de *Tetuán*, para afectar suma pobreza, en virtud de un miedo ruin á que

las creyéramos ricas y acabásemos de robarles lo poco que, según aseguran, les han dejado los *Morios*...—Como quiera, todas aquellas singularidades eran parte á aumentar el interés artístico y la ardiente curiosidad con que yo había entrado en la ciudad musulmana...; y, de consiguiente, mi entusiasmo político no tenía límites!...

Por de pronto, la raza judía resultaba tal como yo me la había figurado...; tal como me la habían descrito historiadores y poetas!—Además... algunos Moros, blancos ó negros, cruzaban á veces de una casa á otra; lo cual quería decir que la ciudad no estaba completamente vacía de Musulmanes.—;Todo, pues, me ofrecía una larga temporada de observaciones, estudios y aventuras!

Entretanto, seguíamos marchando hacia el *Zoco* ó plaza principal, cuyo distante rumor me hacía comprender que allí nos esperaba el verdadero cuadro de la *Toma de Tetuán*, del que no eran sino episodios las cosas que iba viendo al paso.—Y, sin embargo, ;qué multitud de escenas interesantísimas, de espectáculos extraordinarios dejábamos atrás!...—En cualquiera otra ocasión, ellos hubieran bastado á detenerme horas y horas.

Porque todavía no os he dicho que, sobre los escombros, hallábamos á veces el cadáver de un Moro ó de un Judío, víctima de la tremenda pasada noche; todavía no os he hablado de los charcos de sangre que veíamos en las puertas de algunas casas; de las huellas de manos ensangrentadas que descubríamos en las paredes, ni del rescoldo de recientes incendios que había por doquier. Tampoco he hecho mención de las fuentes públicas que murmuraban bajo los emparados, como en los días de paz y bienandanza; de las fachadas, elegantísimas por cierto, de al-

gunas mezquitas, en que apenas teníamos tiempo de fijar los ojos, y de algunos preciosos patios que distinguíamos al través de las rotas puertas...—Pero ya lo describiré todo en mejor ocasión.

Cerca de la plaza hízome reír y dióme que pensar el siguiente diálogo, que acabó de revelarme la historia entera y el carácter de los Judíos.

—*¡Viva la Reina... inglesa!*—exclamó un Hebreo de diez ó doce años, fingiendo un entusiasmo loco al vernos pasar.

—*¡No digas eso!*—le advirtió una muchacha, ó, por mejor decir, una *mujer* de su misma edad.

—*¡Viva la Reina... francesa!*—rectificó entonces el chico con redoblada energía.

—*¡Hombre, no!*...—repuso la joven, llena de miedo.

—*¡Viva la Reina... española!*—exclamó, por último, el Israelita, temblando como un azogado.

Pero en esto llegábamos ya á la plaza.

Un ayudante se había adelantado á anunciar la llegada del General en Jefe, y una corneta había lanzado dentro del *Zoco* (1) el agudo toque de *atención*.—Al tumulto y vocerío que poco antes escuchábamos, empezaba á suceder una tregua de silencio... Sólo las sonoras pisadas de nuestros caballos se oían ya bajo los arcos de la *Calle de la Meca*.

Mi corazón latía aceleradamente... En aquel momento no pensaba ya tanto en lo que iba á ver, como en lo que verían los Moros y Judíos reunidos en el *Zoco*. Mi imaginación se transportó de nuevo á los antiguos tiempos, y, convirtiéndome de actor en espectador, creía encontrarme en Roma, el día que entraron en ella las tropas de Carlos V; en Granada, cuando la tomaron

(1) Plaza principal.

los Reyes Católicos, ó más bien en Jerusalén, cuando llegó Tito á cumplir la profecía...

Penetramos, por último, dentro del *Zoco*.

El general O'Donnell iba delante.—A su aparición, prorrumpen las músicas en solemnes armonías, y mil y mil vivas se unen á los acordes de la Marcha Real.

Algunos Batallones del general Ríos están formados en medio de la extensa plaza. Todas las azoteas que la circuyen se ven coronadas de Israelitas. Las aclamaciones de las mujeres resaltan sobre el universal estruendo. Las quejas, los lloros, las súplicas, los discursos de niños y viejos, de ancianos miserables y de jóvenes doncellas, forman en torno nuestro una infernal algarabía que nos aturde y vuelve locos...—; Qué espectáculo! ;Qué momento! ;Qué confusión! ;Qué desorden!—; Por dónde principiar á pintarlo?

Declaro desde luego que yo no he visto ni espero ver en toda mi vida cuadro tan grande, tan imponente, tan lleno de animación y poesía, como el que pretendo copiar en este instante. El género artístico y literario á que pertenece, no es ya el clásico que entreví en la carga de Caballería del 31 de Enero; tampoco es el moderno con que Horacio Vernet ha pintado la epopeya napoleónica; menos aún recuerda el estilo romántico, el fantástico ó el realista..., ;no!...— El espectáculo que tenemos enfrente pertenece á aquella gran pintura mural en que solemos ver representados asuntos como la *Degollación de los Inocentes*, el *Paso del mar Rojo* ó el *Escándalo de Babilonia*; é la pintura de los tapices célebres; á la familia de los frescos más famosos.

Empezad por imaginaros las masas del pueblo, no á la manera que hasta ahora las conocéis, sino como fueron en la antigüedad, como se re-

unían en Jerusalén ó en la plaza de Atenas. Fingíos á los hombres, no con nuestros trajes, refractarios á la estatuaria, sino todos con la ropatalar que tanto ennoblece á las figuras; no con sombreros de esta ó de aquella forma, sino con la frente descubierta, como los Pericles, Alcibíades y Escipiones; no con la vulgar patilla ó el prosaico bigote de nuestros tiempos, sino con toda la barba, al modo monumental y mitológico; no, en fin, vestidos de negro ó de gris, como estamos acostumbrados á ver á nuestras muchedumbres, sino ostentando los colores más vistosos: el amarillo, el verde, el rojo, el azul, el blanco y el violado. Figuraos venerables cabezas de ancianos Israelitas, verdaderas cabezas de Patriarcas, llenas de una majestad en que no se descubre la vileza de los pensamientos; rostros de mujeres, envueltos en candidas tocas, como nos pintan á las Dalilas, Rebecas y Saras; decrepitas abuelas, mostrando su desnudez entre los harapos; mancebos esbeltos, ciñendo luengas túnicas; impúdicas doncellas, cuyos ligeros y escasos vestidos marcan todas las formas del cuerpo, el seno, los hombros, los brazos, las caderas y las piernas, como vemos en las antiguas estatuas... Imaginaos todo esto, digo; y, cuando os lo hayáis imaginado, animad todos esos personajes, inflamad todas esas cabezas, agitada todos esos rostros, dadles la expresión del terror, de la alegría, de la admiración, del sobresalto; las lágrimas falsas ó la sonrisa mentida, el gesto hipócrita, la actitud del ruego, el ademán de la oración ó la compostura del verdadero sentimiento... Aquí la virgen ultrajada, pálida aún y llorosa; allí la madre que estrecha á un hijo contra su corazón, mientras que otros dos ó tres pequeñuelos se asen á sus faldas; acá el adolescente acobardado, allá la esposa de rostro dulce y enamorados ojos, herida en la frente por el

bárbaro montañés; en este lado el viejo Rabino que reza los salmos del Antiguo Testamento meciéndose como una caña batida por el aire; en aquel otro algún Mahometano sombrío y taciturno, que pasa sin mirar á nadie por entre las oleadas de la multitud...—; Formad un grupo inmenso con todas estas figuras, y decidme si puede darse cuadro de más vida, de mayor interés, de tan maravillosa grandilocuencia!

Pero donde la perspectiva se presenta con caracteres verdaderamente indescritibles, es desde el Arco que da entrada á la *Judería*...—Por allí se descubre una larga calle cuajada de cabezas, que se asoman unas sobre otras... Miles de ojos ávidos se fijan en la plaza... Hace siglos que los Hebreos viven encerrados en aquel barrio, de donde les estaba vedado salir en gran número y sin formal licencia... Todavía dudan muchos de ellos si los Cristianos serán más tolerantes... Todavía no se atreven á invadir el *Zoco*, lugar de honor en que jamás se les permitió esparcirse... ;Qué espectáculo aquél! ;Qué gritería en árabe, en español y en hebreo! ;Qué río de gente! ;Qué variedad de colores en los trajes! ;Qué movimiento! ;Qué drama! ;Qué gestos! ;Qué delirio!

Poco á poco va desembocando en la plaza aquella detenida corriente, y las primeras escenas habidas con las tropas de Ríos se reproducen con el Cuartel General...

—; Todo, señor! ; Todo nos lo ha robado el *Morío*!... — exclaman lastimosamente los hijos de Israel.

- ; Mire, señor! ; Nos han dejado en cueros!...
- ; Por qué no vinisteis ayer mañana?
- ; Nos han saqueado los baúles!...
- ; Nos han matado los padres!...
- ; Nos han maltratado las mujeres!...
- ; Nos han quemado las casas!...

—; Saúl ha muerto, señor!... ; El virtuoso Saúl, que no hizo daño á nadie!...

Y hablando así, hombres y mujeres, viejos y niños, nos mostraban sus heridas, ó sus cuerpos desnudos, ó sus trajes rotos, mientras que algunas madres levantaban á sus hijos sobre la cabeza, diciendo con desgarradores gemidos:

—; Mire, señor, al hijo de mis entrañas! ; Tiene hambre!... ; No ha comido en tres días!

Vierais entonces á nuestros oficiales vaciar sus bolsillos en las manos de los Judíos; vierais á los Judíos pelearse como furias del infierno por arrebatarse las monedas; vierais á los soldados entregar sus fusiles á las mujeres para abrir el morral y repartir todo su pan, toda su galleta, ;su rancho de dos ó tres días!..., entre los quejumbrosos Hebreos...; vierais aquella santa y bendita escena, en que los ángeles del cielo debieron de llorar de gozo; en que la caridad cristiana bañó de una alegría divina el semblante de los vencedores; en que los afanados y adustos Moros, que en escasísimo número por allí pasaban en virtud de urgentes asuntos, y que aun no se habían dignado mirarnos, levantaron la frente por primera vez y fijaron la vista en nuestras tropas, asombrados de tan noble comportamiento; y en que los Judíos, comparando nuestra benignidad con la inhumana fiereza de los Musulmanes, nos abrazaban y besaban, gritando medio sincera, medio interesadamente:

—; *Dios os ha traído! ; Ya era tiempo! ; Viva los Españoles! ; Viva la Reina del mundo! ; Viva el general O'Donnell!*...

Vierais luego á nuestros noblejones soldados, crédulos y llorosos, consolando á los Judíos y á las Judías, ofreciendo no hacerles daño alguno, y cobrando tales ofrecimientos con alguna mirada codiciosa dirigida á la desnudez de las doncellas... Vierais á los jefes contemplar extasia-

dos la generosidad de las tropas, que se indemnizaban de tantas privaciones y sufrimientos socorriendo las necesidades del prójimo... Vierais tremolar pañuelos y tocas sobre las azoteas, hervir la muchedumbre en la plaza, combinarse artísticamente millares de grupos episódicos, dignos de los más sabios pinceles; grupos en que formaban primoroso contraste los conquistadores y los conquistados; aquéllos, relucientes, pardos, armados, caballeros en briosos trotones, ciñendo el duro casco, embrazando la robusta lanza, llenos de galones, cruces y otras insignias y adornos que entonaban fuertemente sus figuras, y éstos, humildes, descubierta la cabeza, inermes, á pie, con sus pacíficos trajes talares...—Vierais, en fin, este lienzo incommensurable, de contornos bíblicos, palpitante de realidad, alumbrado incesantemente por el Sol, y animado por la gritería y por las músicas, y confesaríais, como yo confeso, que no hay palabras, que no hay imágenes, que no hay elocuencia suficiente en genio humano para poder dar ni remota idea de tan múltiple acción, de tan variada tragedia, de epopeya tan descomunal y grandiosa.

.....
 Pues aun había de subir de punto el interés de esta escena; aun podía rayar más alto una situación tan culminante...—Faltaba la catástrofe final.

Fué el caso que mientras algunos nos hallábamos en la puerta de la *Judería*, en medio de aquellas masas que no nos cansábamos de mirar, rodeados nuestros caballos por una multitud de desarrapados Hebreos que nos referían tremendos episodios de la pasada noche, el Conde de Lucena y su Cuartel General habían penetrado en la casa del Gobernador, situada al otro extremo de la plaza...

Este edificio es á la vez palacio y castillo, y sobre su plataforma había cañones y pertrechos de guerra.—De pronto, y cuando más ajenos estábamos ya á ciertos temores de que varias veces os he hablado, óyese allí una espantosa detonación que estremece á todo *Tetuán*... Veinte mil alaridos de espanto resuenan al mismo tiempo... Una dilatada y espesa humareda tapa la casa del Gobernador... La muchedumbre se repliega, huyendo hacia la *Judería*... Los Batallones se precipitan también sobre ella... Los caballos atropellan á los infantes... Los lamentos ensordecen el espacio...

—¡Pólvora! ¡Pólvora!—exclama todo el mundo.

Una segunda detonación y una segunda humareda aumentan la consternación general...

Yo me acuerdo de mi fatídico sueño...—¡*Tetuán* va á volar hecho cenizas! ¡Nuestras victorias terminarán al fin por un desastre!...

Ni es éste el único peligro que nos amenaza. Hay otro más inmediato... ¡El atropello; la confusión; el tumulto; los caballos que se meten espantados entre las olas de la muchedumbre; el peligro, en fin, de ser aplastados ó ahogados en aquel infierno!...

Yo creo perecer... Pero ¡ah! ¡Bien sabe Dios que no pienso en mí! ¡Sólo pienso en que el General en Jefe se halla dentro del pavoroso edificio en que suenan aquellas horribles explosiones!... ¿Qué vale mi vida, qué valen mil vidas, comparadas con la de nuestro Caudillo, con la del vencedor de Africa?

En esto, por un claro del humo que rodea la casa del Gobernador, veo al general O'Donnell atravesar corriendo la plataforma, como quien huye de incontrastable riesgo... Otros Generales y Jefes del Cuartel General corren también en varias direcciones por las azoteas inmediatas...

El terror obscurece mi vista... Y ya creo ver

vacilar la casa... Ya creo ver hundirse sus paredes, sepultando á nuestro General y á su comitiva...—¡Morir! ¡Morir tantos héroes en el momento del triunfo!...—¡Ah, bárbaros Marroquíes! ¡Desventurada España!...

—¡No es nada! ¡No es nada! ¡No correr!—gritan en este momento muchas voces desde el lugar de la catástrofe.

Y vemos aparecer en la puerta de la casa del Gobernador al general O'Donnell seguido de su Cuartel General.

La explicación de aquel pánico cunde entonces rapidísimamente.—Ha ardidado una cantidad insignificante de pólvora. El conflicto ha sido casual. Los Moros no han tenido parte alguna en él. En la casa del Gobernador había habido durante la Guerra un almacén de municiones. Ayer, al escapar Muley-el-Abbas, se las llevó consigo; pero la operación se hizo tan de prisa, que el suelo quedó regado de pólvora. Un soldado nuestro tiró sobre ella inadvertidamente un cigarro encendido, y he aquí el origen de tan alarmante acontecimiento.

De él han resultado gravemente quemadas dos ó tres personas, y muchas otras heridas y contusas, á causa del tropel que se movió en la plaza. Pero ¿qué es esto en comparación de lo que hemos temido?

Pasado aquel momento de angustia, procedióse al alojamiento de la Guarnición de *Tetuán*, y nosotros, los poetas de oficio, nos desparramos por las calles, en busca de nuevas emociones y extraordinarias aventuras.

V

Primer paseo por *Tetuán*.—Cristianos, Moros y Judíos.
El Negro de mi sueño.—Hospitalidad hebrea.

El mismo día.

Antes de entrar á referir los mil curiosos datos que he recogido y las peregrinas escenas que he presenciado durante mi primer paseo por esta rarísima ciudad, juzgo conveniente y hasta necesario dar una ligera idea de su conjunto, empezando por advertir que mi opinión acerca de *Tetuán* no es la de la mayoría de mis compañeros de armas.—La generalidad de los individuos del Ejército, incluso jefes y oficiales, están desencantados desde que han visto de cerca á la *odalisca* que tanto habían adorado desde lejos... ¡Yo, en cambio, estoy más enamorado de ella que nunca!

A todos nos sobra la razón, y la diferencia de nuestras opiniones consiste en que consideramos la ciudad por diferente prisma.

Sus detractores, comparándola con los pueblos europeos, echan de menos en ella una porción de cosas que real y verdaderamente no tiene.—“*Tetuán* (dicen) es peor que la última ciudad de España. Sus calles son sucias, irregulares, tortuosas y estrechas; están completamente desempedradas, y no tienen aceras, alcantarillas, nombre ni numeración. El aspecto de sus casas, totalmente desprovistas de balcones, es pobrísimo y miserable. Apenas se ve entre ellas un edificio que merezca llamarse tal. Aquí no hay monumentos, ni paseos públicos, ni teatros, ni fondas, ni cafés, ni casinos, ni mercados. La policía urbana no se ha imaginado siquiera.